

Postconvencionales

No. 7-8, julio 2014, pp. 230-233. ISSN: 2220-7333.
Escuela de Estudios Políticos y Administrativos
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

Reseña de:

- ♣ Burt Gillett-Walt Disney (Dirs.) (1933). *The Three Little Pigs (Los Tres Cerditos)*. [Corto animado]. EE UU: United Artists.

Todo un canon audiovisual

Joaquín Ortega

Escuela de Estudios Políticos y Administrativos
Universidad Central de Venezuela

A Omar Noria

En la cultura audiovisual, pocas veces, se burlan apropiadamente del coloquio interno de la ficción. Eso sí, con la excepción de un programa llamado *Supernatural*. Allí, en un capítulo, Castiel —el ángel guardián de Dean Winchester— observa en TV una caricatura del Coyote y el Correcaminos. Al no entender del todo el sentido del humor terrenal, construye una interpretación propia, cuasi teológica y —palabras más, palabras menos— cavila que el Coyote es una metáfora del hombre, constantemente corriendo, tras lo que considera es la idea —o la realidad misma— de Dios. Como vemos, las hipérboles, las sátiras o las ironías, llevan encima el sentido del observador, y al igual que en la física, el arte y la ciencia, intoxicamos con nuestra propia mirada al objeto de estudio.

Hoy revisamos el muy aclamado cortometraje *Three Little Pigs* (1933), producido por Walt Disney y dirigido por Burt Gillet. Allí, nos encontramos una historia con varias moralejas: para la perspectiva económica, dos de los tres cerditos parecen ser los típicos ciudadanos que postergan —o detestan— el ahorro, viviendo en una suerte de infantilismo de la generación de riqueza o de la responsabilidad financiera. Mientras su hermano hacendoso trabaja en la construcción de una casa cercana al concreto, los otros edificarán frágiles hogares, hechos a base de paja y madera. El lobo viene, y derriba ambas casas. Solo la vivienda construida en la sólida piedra del ladrillo y la argamasa, puede resistir el asedio del lobo feroz.



Para los que perciben predicciones de momentos más adustos, el lobo feroz representa al mismísimo Hitler y a la destrucción de gran parte de Europa, a partir del esfuerzo de conquista del ejército alemán. De hecho, menos de una década después, Disney produjo para el Departamento de Guerra de Canadá una versión esencialmente idéntica, salvo por el título y el hecho de que el lobo portaba ahora símbolos nazis¹. En fin, a la mirada económica y política, podemos sumarle diversas observaciones sociales, estéticas, psicoanalíticas, místicas y hasta espirituales. Lo que llama hoy la atención, *grosso modo*, de este corto animado, son al menos tres elementos: la constante negativa de ciertos personajes a escuchar a la voz de la previsión —esto es, vivir un eterno presente—; el significado, tal vez furtivo, de la cruz en la parte superior de la casa de ladrillos; y la tensión entre hedonismo y tradición.



El contexto en el que viven los personajes es bucólico, pero civilizado, es una especie de zona rural con tonos históricos a lo *farmer* o *gentry*. La modalidad en la que se presentan los dos personajes iniciales, que enfrentarán al lobo, es lúdica y los instrumentos musicales que ejecutan figuran ser una extensión de sus personalidades: una flauta y un violín. Una relacionada con Pan o Dionisos, claro representante de los momentos orgiásticos y sicalípticos; el otro relacionado con Apolo, cuyas cuerdas se tensan, para ser el arco que no daña, pero que igual alcanza lo sentimientos. En la casa de paja de este primer personaje, resaltan dos cuadros colgados de las paredes: son cerditas en poses sexys —incluso hasta podría ser él mismo ¿por qué no?— El interior de la morada manifiesta una tendencia psicológica al hedonismo y a la liviandad, algo que también está relacionado al elemento aire que circula, a lo largo de su flautín. El lobo entra en escena y derriba el primer hogar, luego de corretear un rato, a los dos hermanos pueriles.

El personaje del lobo es central, ya que no solo es un enemigo exterior que se presenta en las vidas y propiedades de los tres cerditos, sino que incorpora en su diseño arquetípico a la naturaleza animal más agresiva, vestida de ropajes humanos y con ciertos rasgos de un pasado que lo muestran como venido a menos. El lobo recuerda a un viajero peligroso, lleva consigo una maleta que nunca abre, pero que habla de algún tipo de pertenencias propias y de origen fijo. Su indumentaria —los pantalones rojos y el sombrero de copa— proveen ciertos rasgos de interés: el pantalón, remendado a la altura de ambas rodillas, alude a carencias continuadas; el sombrero de copa habla de alguien con algún pasado relacionado con la diplomacia, la vida social o la buena fortuna. Carece de importancia que estas ropas sean propias o de una víctima anterior. El lobo es un constructo de fuerza y de apropiación, a partir de la muerte y el arrebato. Prevalecen los colores rojo y negro, cardinales en la imaginería comunista o fascista, pero también relacionados con el tradicional mando de los cardenales de la iglesia católica.

¹ Beebe, Ford (Dir.) (1941). *The Thrifty Pig* [El cerdo ahorrador].

En el ínterin —entre la demolición de la casa de paja y la partida al hogar de madera— notamos que con la fuerza pulmonar del lobo se produce una suerte de rueda, de círculo de paja que deja ver, en una esquina, la presencia de una noria que termina señalando al oeste, esto es hacia Occidente. ¿Intentará el subtexto de la caricatura anunciar que el próximo destino del lobo feroz es Occidente o que, simplemente, el futuro es la civilización occidental?

El segundo hogar le da un poco más de trabajo al lobo, quien utiliza una nueva táctica, haciéndoles creer que ha partido. Regresa disfrazado de bebé oveja con biberón incluido, y al no poder entrar mediante el engaño, bufa fuertemente y echa abajo el espacio residencial. Dentro de esa área, notamos la presencia de otras imágenes colgadas en las paredes: parecen ser recordatorios de cierta prosperidad, reparamos en la presencia de una estufa y la conexión con una era más cercana: la edad de hierro.

A pesar de encontrarnos con un elemento exterior —el hacha sobre el tronco de un árbol— los cerditos deciden huir, antes que defenderse por sí mismos. En la carrera al hogar del hermano previsor, el lobo choca contra un árbol, cuyos frutos parecen ser manzanas o tomates, símbolo de la prosperidad, la salud y la abundancia. En su carrera contra sus presas también la riqueza natural de la tierra sufre un impacto.

Es de notar que ya el hermano juicioso, en un acto de previsión, recibe a sus hermanos en fuga con la puerta abierta. La casa de madera tiene una cruz en el ático —posible ligazón entre la fe o los símbolos solares inconscientes pretéritos—. Asimismo, en la morada, aparecen un piano, una cama y tres cuadros guindados en las paredes. El piano —musicalmente hablando— completa y supera las dos formas del lenguaje y de las capacidades expresivas de la flauta y el violín. De los cuadros resaltan: a la izquierda el del padre, representado por unas salchichas, esto es la muerte como historia reciente; en el medio, el de la madre —una cerda que amamanta a un número mayor que tres cerditos—; en tercer lugar, aparece un jamón, que pudiera suponer un posible tercer acto, en la vida de un cerdo cualquiera.

El lobo repite el evento de soplar y soplar, pero al no poder derribar la casa, se disfraza nuevamente, parece una suerte de ropavejero de la historia, en clave volteriana. A primera vista, pudiera ser un recurso de humor, con ciertas remembranzas a la personalidad y fenotipo de Groucho Marx —con los movimientos de cualquier acto de vodevil clásico—, pero el dueño de la casa de ladrillos, astutamente, utiliza las propias mercancías en venta para asestarle un golpe al lobo. ¿Se trata de un recurso ingenioso o es un mero giro típico de cierto antisemitismo caricaturesco? En versiones posteriores, incluida la de DVD, se le cambiará el acento *yiddish* y el estereotipo hebreo. Volviendo a la narración, progresivamente, el lobo feroz pierde la paciencia, toda su animalidad aflora y se deshace del disfraz y hasta de los pantalones. Se inicia un duelo de violencia exterior,



contra la seguridad interior musical del cerdo juicioso tocando al piano, dándole una respuesta melódica a los infructuosos intentos de demoler la vivienda. El contrapunto “agresión física” versus “respuesta simbólica” llama la atención por la capacidad de sobreponerse, en ciertas sociedades, a toda provocación con el uso de una respuesta de vida —y alegría— frente a la adversidad. Vinculado a este último punto, recordemos la cantidad ingente de musicales que se filmarían en Hollywood, en los años cuarenta, para mantener en alto la moral del país y de los combatientes.

El lobo busca nuevas formas de irrumpir, decide así, entrar por la chimenea. Debajo de esta, una olla gigante hierve el agua, el cerdito previsor le agrega trementina al líquido, y el lobo cae en ella, recibiendo una agresión química, muy por encima de lo previsto.

Parecieran abundar, en cada una de las escenas de este cuento infantil —contextualizado en ese particular periodo entre guerras—, una suerte de filosofía de la previsión, una ética del trabajo, una especie de teoría del búnker, una tesitura de las acciones cercana al valor del realismo político, enfrentada, claro está, a la dinámica de los posibles engaños y de los ataques externos. Existe un fuerte contenido de coyuntura y circunstancia para la elección de toda esta serie de elementos vinculados con el valor de la responsabilidad, la inmanencia de la fe y la presencia de agresores externos, irrumpiendo en los márgenes de las propiedades privadas más íntimas. Las personalidades despreocupadas, e inicialmente bravuconas de los hermanos que quedan sin hogar, se reflejan en su opuesto diametral: el hermano prevenido, industrial e ingenioso, quien al final remata en clave humorística, desvelando la cobardía del que habla mucho y disfruta mucho, pero que lamentablemente, resulta la primera baja ante los embates de la circunstancias, al parecer cíclicas, de la fiereza foránea.

En conclusión, sin previsión, sin fe y sin consciencia del pasado, la llamada ley de la vida se puede llevar, de una sacudida, lo que creemos que son los cimientos físicos o éticos de una existencia placentera y distraída.